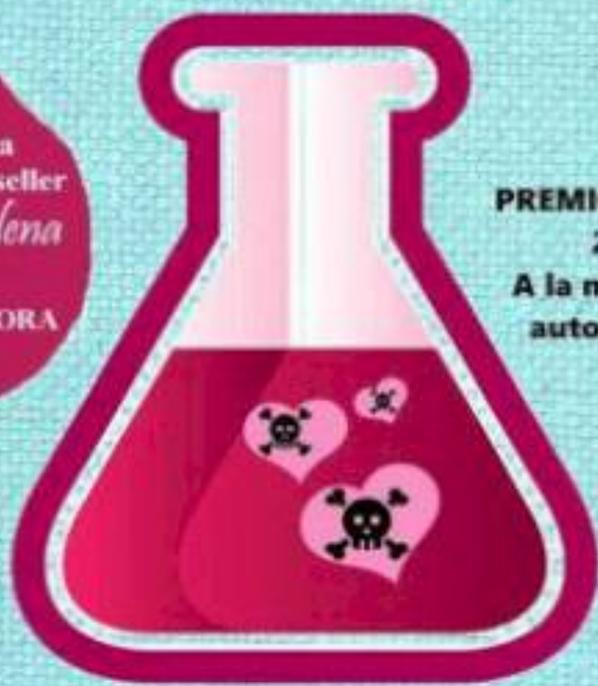


¡Bye Bye, Love!

De la autora
de la serie bestseller
Amor en cadena
y
LA PORTADORA

PREMIO PÚRPURA
2014
A la mejor autora
autopublicada



Lorraine
Cocó

¡Bye bye, Love!

Lorraine Cocó

© 2015, ¡Bye bye, Love! © Lorraine Cocó

© Romántica's Cocó

© Imágenes usadas para la portada: Fotolia.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

Para Bruno, mi marido, por hacer que
vuelva a creer en la magia.

Nota de la autora

Escribir este libro, para mí, ha sido una auténtica aventura, una preciosa aventura al pasado, que me ha devuelto algunas cosas que creí que había perdido en el camino. Decir que estoy feliz de que esta trama y personajes llegasen a mi vida, es ser tan parco, quedarse tan corto, que realmente no encuentro las palabras para poder describir cuánto tengo que agradecerles que llegasen a mi vida, para hacerme este valioso regalo.

La idea de esta historia surgió viendo un video musical, y desde ese día, totalmente instalada en mi mente y con el firme propósito de no marcharse hasta que le diese vida, comenzó a devorarme hasta convertirse en lo que es hoy y os ofrezco en estas páginas. Tengo que reconocer que mi primera intención fue siempre la de que esta fuese una única y corta historia, pero las hermanas De'Marsi, todas ellas, comenzaron a tomar vida de una forma tan fascinante ante mí, que me he enamorado de ellas. He caído rendida a sus pies, y por eso, lo que iba a ser una única historia, se ha convertido en un aperitivo. Y la historia de Belladonna De'Marsi, en la antesala de un único libro, el que cuenta la historia de las cuatro hermanas De'Marsi. Por lo que al terminar éste, pensad que no se han ido. El próximo año publicaré el libro que cuenta la historia de las otras tres hermanas y la continuación de la de Bella y Declan.

Y ahora solo darte las gracias por querer conocerlas.

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[Epílogo](#)

[Fin](#)

[Hechizo de amor](#)

1

Aún con los ojos cerrados, el cabello cubriendo parcialmente el rostro y haciendo un gran esfuerzo por acompañar de nuevo su respiración, Belladona se preguntó cuántos años hacía que no tenía un sueño como aquel. Y la respuesta fue muchos, muchísimos, tantos como ocho. Se sentó en la cama, intentando serenarse mientras pasaba las manos por su rostro. Seguía sin abrir los ojos, tal vez porque de manera inconsciente se negaba a que las imágenes de aquel sueño caliente, excitante, húmedo e intenso, la abandonasen aún. Y era extraño, porque la razón por la que no había tenido ningún sueño como aquel en años, era que se había negado a tenerlos. Y sin embargo, por alguna extraña razón, ahí estaban de nuevo.

En ese momento, Ruda, su gata, entró en el dormitorio y saltó sobre la cama, colocándose sobre su regazo y obligándola de esta manera a tener que volver a la realidad para espabilarse. El pequeño cascabel en su cuello tintineó, dándole los buenos días.

—Buenos días, preciosa —le dijo mientras acariciaba su pelaje gris oscuro y veía entornar su mirada azul de puro placer ante la caricia—. ¿Tú qué piensas, llevaré demasiado tiempo sin un hombre, o me estará afectando el intenso calor de estos primeros días de verano? —preguntó al animal. Aguardó una respuesta, pero el independiente felino saltó de su cama y fue hasta la puerta del dormitorio, que se abrió a su paso y volvió a cerrarse tras su marcha—. ¡Vale, ya lo averiguaré yo sola! —le contestó elevando la voz.

Resopló y viendo que los primeros rayos de sol de la mañana ya comenzaban a entrar por la ventana, se apresuró a salir de la cama. Era la hora, tenía que recoger el último ingrediente para su poción. Y sin esperar más, salió de la habitación y bajó las escaleras sintiendo la cálida madera bajo sus pies descalzos. Fue directamente a la cocina, abrió

una cajita de latón que tenía sobre la encimera y extrajo un frasco de cristal que tenía preparado desde hacía unos días, aguardando aquel momento. En su interior, una mezcla pastosa con la consistencia de un ungüento, de piedra del águila, salvia, vaselina y beleño, especialmente indicado para mejorar el ánimo y calmar las inquietudes, la esperaba junto a una pipeta cuentagotas. Tomó ambos, frasco y gotero, y salió al jardín por la puerta que comunicaba éste directamente con la cocina. En el exterior, el ambiente de aquellas horas tempranas era fresco, incluso para que se le erizase la piel bajo el camisón largo de algodón blanco con el que había dormido.

Caminando sobre la hierba ligeramente húmeda, fue hasta un exultante rosal azul en flor. Sus hojas brillaban salpicadas del rocío de la noche, como si estuviese decorado con pequeñas joyas cristalinas. Era justo lo que necesitaba, aquel precioso rocío que cubría los pétalos azules más tiernos tras la primera noche de luna creciente del mes. Sonrió, acercó la pipeta a la hoja y tomó las preciadas gotas contando hasta siete. Después, abrió el frasco de cristal y las echó en su interior con sumo cuidado. En cuanto la mezcla entró en contacto con el líquido, el ungüento resplandeció con una luz ligeramente azulada. Estaba listo, y ella contenta de poder dar por fin aquel preparado a Priscila, una de sus vecinas, que aguardaba impaciente desde hacía unos días la llegada de su primer bebé. Aquel ungüento la ayudaría en su momento, facilitando el trabajo del parto. Contenta de haber llegado a tiempo para la preparación de la mezcla, cerró el frasco con una sonrisa satisfecha y entró de nuevo en la casa. Fue hasta la encimera, sacó un saquito blanco de tela de un cajón e introdujo el frasco de cristal que después guardó nuevamente en la caja de latón. Luego se dispuso a subir de nuevo a su cuarto para prepararse para aquel nuevo día.

Una vez en su dormitorio comenzó con su ritual de cada mañana. Lo primero, encendió su equipo de música y las primeras notas de *Where did our love go* de *Las Supremes*

comenzaron a sonar, haciendo que sus pies bailasen mientras cogía la ropa limpia que se pondría aquel día: un vestido ligero en color lavanda, sin mangas y largo por debajo de las rodilla, y unas bailarinas castañas a juego con el cinturón. Tomó también su ropa interior y fue directa al baño. Tenía un precioso baño romántico, estilo *vintage*, que adoraba. Sobre todo la preciosa bañera con patas que lo presidía. Pero aunque lo que le apetecía era sumergirse en el agua templada y relajarse antes de comenzar aquel lunes, se decantó por una ducha rápida, dejando aquel placentero momento del baño para su vuelta.

Estaba bajo el chorro revitalizador del agua, con los ojos cerrados y sintiendo cómo el líquido acariciaba su piel, cuando las imágenes de aquel inquietante sueño volvieron hasta ella, impactándola.

Estaba en la cama, en su dormitorio. La luz anaranjada de un atardecer tardío y cálido entraba por las ventanas, iluminando la estancia con una preciosa tonalidad dorada que hacía resplandecer la piel del hombre que estaba sobre ella. Sus manos, ligeramente curtidas, acariciaban su piel, deslizándose por ella en una succulenta caricia que terminaba por culminar cuando éste cubría uno de sus pechos para introducirlo en su boca inmediatamente. El estallido de placer que la invadió durante el sueño regresó hasta ella, haciendo que volviese a sentir palpar su sexo caliente y henchido. Gimió mientras buscaba el apoyo de las baldosas frías de la pared, intentando aferrarse a ellas mientras el deseo crecía en su interior con una intensidad abrumadora. Pero el frío de la superficie cerámica no fue suficiente para calmarla, pues una nueva imagen llegó hasta su mente; el hombre, sobre ella, la embestía mientras gemía en su oído. Se movía sobre ella lenta y rítmicamente, haciendo que sus cuerpos se acoplasen en una unión íntima y deliciosa. Belladonna lo apretó contra su cuerpo, abrazándolo entre sus piernas. Mientras, él unía las manos a las suyas, entrelazando sus dedos largos con los suyos más finos. La besó en los labios, pero no pudo ver su rostro mientras la embestida, más intensa, la llenaba por completo y hacía hervir su ínti-

ma cavidad como lava derritiéndose en su interior. Lo vio moverse sobre ella aumentando el ritmo de su penetración y haciendo que se dejase llevar por oleadas del placer más devastador. La intensidad fue tan abrumadora que soltó sus manos para aferrarse a sus fuertes brazos. En uno de ellos recordó un tatuaje tribal celta, que cubría su hombro y parte de su musculoso brazo. Pasó los dedos por el dibujo de su piel y entonces él hundió el rostro en su cuello para susurrarle algo que no llegó a entender. Tan solo se dejó llevar por el intenso orgasmo que la sacudió tras su última e implacable embestida. La llenó por completo, haciéndola estallar en mil pedazos.

Belladona, en la ducha, aferrada a la pared, se preguntó qué acababa de pasar. El corazón desbocado en su pecho amenazaba con partírsele en dos. La intensidad del recuerdo la dejó sin aliento y necesitó casi una hora, sentada sobre su cama, para volver a la realidad. Tenía tantas ganas de llorar como de gritar. Se sentía sobrecogida y abrumada y aquello no era nada bueno. Finalmente, cuando sintió que las primeras lágrimas podían abordar sus mejillas, se levantó como un resorte, decidida a no permitir que aquello pasara. No iba a perder el control hasta el punto de llorar por un hombre, y menos uno imaginario. Hacía muchos años que se prometió que no volvería a pasar. Ninguno volvería a afectarla hasta ese punto. Había conseguido mantener su promesa durante ocho años y no iba a permitir que eso cambiase.

Terminó de vestirse, intentando centrarse en el día que tenía por delante. En los distintos trabajos que tenía previstos para ese lunes y en la vuelta, aquella tarde, de su hermana mayor, que regresaba de un largo viaje de casi un mes. Ocupando su mente con todo aquello que la pudiese mantener distraída salió de su cuarto, bajó las escaleras y puso la comida y un cuenco de leche limpio en el sitio de Ruda, que la miró complacida. Metió la caja de latón en su mochila de tela marrón y se la colgó a la espalda, saliendo por la puerta de su casa. Tomó su bicicleta blanca y beige, con cesta de mimbre, del lateral de la vivienda y se subió

dispuesta a disfrutar del par de kilómetros que separaban la preciosa casa victoriana de tres plantas, que había pertenecido a su familia desde hacía siglos, de la pequeña tienda que regentaba en Main Street, la calle principal de Copertown, la población que la vio crecer y de la que adoraba cada rincón.

Dejándose llevar por la sensación de paz y seguridad que le proporcionaba realizar su corto trayecto matinal, rodeando el lago Otsego por la carretera circundante al mismo, disfrutando de la abundante vegetación de la zona, de las horas tempranas, de la energía impregnada en aquel nuevo día, llegó hasta su tienda, dispuesta a obviar por completo lo sucedido aquella mañana.

2

Media hora después de haber entrado en la tienda, se vio sorprendida por el tintineo de las campanitas que tenía sobre la puerta. Ella estaba en la trastienda, organizando el último pedido de ingredientes que había recibido y aún no había tenido tiempo de colocar. Se sacudió las manos y estiró su delantal blanco antes de asomarse con curiosidad por la cortina que separaba la tienda del almacén.

Siempre llegaba a la tienda al menos media hora antes de la apertura para tener tiempo de organizar las cosas antes de abrir las puertas al público. Pero no cerraba con llave, pues nunca se sabía qué podía pasar, qué urgencias tendría que atender o a qué personas tendría que ayudar. De'Marsi llevaba abierta al público desde 1876, siempre a cargo de las mujeres de su familia, y no había cerrado un solo día desde entonces salvo los sábados, cuando las celebraciones del *Sabbat* hacían que a menudo fuese complicado estar en condiciones de atender a alguien al día siguiente.

Le sorprendió ver que la recién llegada no era otra que Kerry, su vecina. Regentaba un precioso hostel junto a su casa, el *Sweet Dream*, conocido por el mimo con el que trataba a sus clientes y sobre todo por su excelente comida casera. Kerry se ocupaba de todo con la ayuda de su hija Francis y, desde hacía muchos años ambas se habían convertido en parte de su familia por lo mucho que las apreciaba y habían compartido juntas.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano? ¿Estáis bien? —preguntó nada más verla.

Kerry se giró hacia ella y le brindó una sonrisa.

—Sí, tranquila. Buenos días, Bella —le dijo dándole dos afectuosos besos—. Es que me urgía visitarte. Ayer me llegaron huéspedes nuevos e imprevistos y necesito eso que tú ya sabes —añadió con una risita nerviosa que acompañó

con el guiño de unos de sus chispeantes ojos grises. Su cabello era largo y estaba salpicado de mechaz blancas, a pesar de tener solo cuarenta y cinco años. Pero estas en lugar de hacerle parecer mayor, resaltaban sus armoniosos rasgos.

Belladona sonrió, colocándose tras el mostrador de madera blanca, al igual que el resto de estanterías y mobiliario de la tienda. Aquella había sido una de las primeras cosas que había cambiado cuando se hizo cargo del negocio familiar. Lo pintó todo de blanco para hacer desaparecer el ambiente oscuro y hasta tétrico de la decoración anterior. Para los clientes que visitaban la tienda era mucho más cómodo entrar allí pidiendo ayuda cuando no tenían que toparse por la tienda con restos de animales muertos en frascos, los calderos y algunos de los ingredientes más impacantes. Todo eso lo guardaba a la trastienda a la que nadie, salvo una de las cuatro hermanas De'Marsi tenían acceso. El resto; velas, hierbas, inciensos, preparados, lociones, accesorios, talismanes y libros, sí podrían encontrarse entre sus estanterías y vitrinas.

—No hacía falta que vinieses. Si me hubieses llamado esta mañana te habría preparado los ramilletes y te los habría acercado a casa al mediodía —le dijo a su amiga, comenzando a coger ya algunas de las hierbas que necesitaba.

Kerry era muy creyente de las energías desde que pasó por una nefasta época de mala suerte tras acoger a un huésped en su casa, que ella aseguraba que era absolutamente gafe. Desde entonces, antes y después de alquilar las habitaciones, hacía una limpieza de energías que consistía en quemar unos preparados herbales a base de ruda, romero y lavanda, dejando que el humo de la quema llegase a todos los rincones del dormitorio. Después, esparcía las cenizas mezcladas con sal por el suelo y barría hasta tirarlas al exterior de la casa. No lo iba a negar, era muy efectivo, pero creía que Kerry exageraba un poco la necesidad de hacer limpiezas que no eran necesarias con tanta frecuencia.

—Seguro que podías esperar unas horas —le dijo tomando las ramitas de las hierbas y haciendo manojos.

—Bueno, tal vez. Pero no me gusta dar las habitaciones sin haberlo hecho. Después es mucho más complicado, con los cuartos ocupados, entrar y ponerse a quemar cosas en el interior —le dijo con una risita.

—Sí, ya imagino la cara de tus huéspedes si te pillan —añadió ella haciendo muecas, lo que provocó la risa de Kerry—. ¿Y cuando llegaron? No he visto ningún vehículo nuevo aparcado en tu parcela esta mañana.

—Están en la parte de atrás. Tanto el señor Wise como la familia O’Neal llegaron anoche de improviso. El primero se queda dos semanas y los segundos se trasladan al pueblo. Se hospedan en el *Sweet Dream* mientras encuentran casa. Son un matrimonio con dos hijos. Uno de diez y otro de diecisiete años.

—Pues Francis estará muy contenta de tener visitas de su edad —comentó ella, aunque sabía que la timidez de la chica de dieciséis años hacía que le costase bastante entablar amistad con los de su generación. Lo que hacía que pasase más tiempo con ella en la tienda o en casa, leyendo, que saliendo por ahí con compañeros y amigos del instituto.

—Pues no sé yo... La verdad es que se ha dejado ver poco desde que llegaron anoche. Ya sabes cómo es...

—Sí, encantadora, preciosa, ingeniosa e insegura. Y espero que haga alguna amistad antes de tener que marcharse a la universidad que haga que disfrute de un verano inolvidable.

—Yo también lo espero, pero no cuento con ello. A no ser que añadas alguna cosa más a esos ramilletes que la ayude a salir del cascarón.

Kerry hizo el comentario como una broma, pero en ese momento el rostro de Belladona se iluminó ante la posibilidad de ayudar a la chica y se giró para tomar un ingrediente extra de uno de los frascos cerámicos que tenía a su espalda. Sacó unas semillas de clavo y las añadió a un nuevo ramillete, tomó un hilo rojo y anudó con cuidado.